

PRÓLOGO AL POEMARIO: “ÍCARO EN TIEMPOS DE PRODIGIOS”

Hurgando en los orígenes del mito de Ícaro, vemos que un humano, el rey de Creta, Minos, comete la osadía de tomar por esposa a Parsifal, la Hija del Sol. Debía moderar su audacia ofreciendo a Neptuno un toro de Creta, pero se negó a realizarlo y, en represalia, el dios sembró su vida de desgracias. Se le mueren dos hijas y su esposa da a luz un ser horripilante, mitad toro, mitad hombre, el Minotauro, que come carne humana. Otro de los hijos de Minos, Androgeo, se convierte en un joven de gimnasio, mas su pecado fue participar en las llamadas fiestas de Minerva, y ganarle a los mejores. Esto desata su envidia y los mejores lo *asesinan* próximo a embarcarse a la isla de Creta. Minos, enloquecido, jura vengar a su hijo. Organiza su flota, se dirige a Megara, y al estarla sitiando, se enamora de él la propia hija del rey, llamada Escila. Fue amor a primera vista que la arrastró hasta sus bordes y, la llevó, ahí va lo malo, a traicionar a su padre. La suerte de la ciudad de Megara, dependía de un cabello purpúreo que el rey Niso conservaba en su cabeza con sumo cuidado. Lo que hizo Escila, fue arrancárselo ella a su padre mientras dormía, y ofrecérselo a Minos en prueba de su amor. Gracias a esto, consigue Minos tomar la ciudad, mas la perfidia de Escila causa tanto horror a Minos, que decide no tomarla a ella como mujer. La desgraciada, muerta de vergüenza se precipita al mar, pero los dioses la sostienen por un momento en su caída, la convierten en alondra y su padre, convertido en gavián, la va siguiendo para siempre. Atenas, temerosa de que no fuera a pasarle lo mismo que a Megara, pidió la paz, y Minos se la concedió a cambio de una condición cruel: exigió durante nueve años consecutivos a los atenienses enviarle siete apetitosas jóvenes para servir de comida al hijo feo, al Minotauro.

Por su parte, el artista Dédalo, que por orden de Minos había construido el laberinto de Creta, vivía en esta ciudad con su hijo Ícaro, pero pagaba con ingratitudes la hospitalidad que Minos le otorgaba, favoreciendo las andanzas criminales de Parsifal, mujer intrigante y apasionada. No pudiendo Minos contener su cólera, encierra a Dédalo y a Ícaro en el laberinto, para dejarlos ahí hasta el final de sus días. Dédalo pensó en un medio de acabar con su prisión, y bajo pretexto de querer ofrecer un regalo a Minos, pide a sus carceleros cera y plumas, con las que construye unas alas, que prueba sobre su hijo. “Si te elevas demasiado hacia el sol, su calor fundirá la cera de tus alas; si vuelas demasiado bajo, la humedad del mar las hará en extremo pesadas para tus débiles fuerzas. Evita excesos y sígueme.” Dédalo ajusta las alas a la espalda de Ícaro, derramando algunas lágrimas de temor. Ícaro se levanta y al sentir que puede volar, se eleva a las regiones del éter, pero he aquí que las ligaduras que sujetan sus alas se aflojan, el calor del sol derrite la cera, las plumas se desprenden y en el momento en que llama a Dédalo en su auxilio con un grito de espanto, cae: encuentra la muerte en el mar que según su nombre fue denominado Icaro, extendido entre las islas griegas de Chío, Patmos, Samos, Naxos y Miconas.

Ahora veamos el modo en que el poeta Francisco Muñoz Soler organiza la vivencia amorosa en torno a este mito. En la primera parte del poemario: “Fantasioso Ícaro”, el autor, como Ícaro, se lanza a volar, y sí vuela, da lugar a ese movimiento maravilloso que es el vuelo. A menudo cuando pensamos en Ícaro se nos olvida que sí voló, preferimos recordar, -por aquello que dice el refrán de que las malas noticias tienen alas, y las buenas andan apenas- que se estrelló, poniendo en saco roto el hecho de que sí logró volar, pero después, sus alas se desplomaron.

Pecado digno de Ícaro: amar a quien no lo ama. Su novia lo desea, es más, prácticamente lo obliga a estar con ella, si se nos permite una brusca metáfora vamos a decir que “agarra vuelo”, pero sin esperanzas de llegar ya a una relación de mayor trascendencia, entonces, oh paradoja, amarla viene siendo equiparable para él, a *la más dolorosa de las renunciadas*. No olvidemos que había un falso regalo en el mito que impregna todo esto, Dédalo supuestamente lo obsequiaría al rey Minos para que los dejara salir del laberinto a él y a su hijo. ¿Qué otra cosa el destino obsequia al poeta, que un falso regalo?

Igual al entusiasmo del joven por el vuelo próximo, el poeta declara: “Me reconocí en los poemas/ de una piel hermosa y dulce/ como el néctar de los dioses.” Lo que ocurre es que ahí se está poniendo las alas, pide a la amada sólo un minuto para “libar en el sonido de tu sonrisa, sólo un minuto para despeñarme en tus hechizos.” Y ella, siempre dispuesta a la mirada del amor, lo hace volar, porque desde esa mirada el ser humano juega a construirse, a edificarse, “combatir, aplastar la sombra, ganar la ternura...” Pero las leyes de la vida no coinciden con las leyes del querer así que la realidad cruda, violenta, cobra su cuota en el poema “Sentí reconocirme en tus ojos”, porque después de este encuentro, el enamorado queda para sí mismo “irreconocible”.

Para todo el que ama, hay un volver, que coincide con el sensual epígrafe de Paz: “Vuelvo a la memoria de tu cuerpo”, pero la vuelta tendría que ser tan sabia, y esa sabiduría tan diferente a este mundo, que no se da. Es algo angustiante, Es un *deseo a destiempo* que “equilibra realidad imposible”, “la felicidad/ siempre será un ángel/ que cabalga en otros”. Este amor le arranca una sonrisa desde los fondos del alma, la cual convierte en agua la aridez de sus días. El poeta se aferra al amor a la antigua, al extremo de creer que el verdadero amor no se busca, se “encuentra”, y a ese tenor se hace conjeturas al entrar en una de esas promociones donde la red de interconexión computarizada gratuita expone los cuerpos de hoy, supuestamente para encontrar pareja.

Ante la forma de amar de ella, que peca un tanto cuanto de sencilla, se intuye que él no va a ser feliz porque él busca algo más que disfrutar del sexo, e intenta “tomar distancia/ para que sus emociones/ lo dejen otear el bosque, el laberinto donde desea perderse “pa’ los restos”. Su forma de amar es casi opuesta al objeto de su amor, él no ama así, tal vez no debería o se ha enamorado de la persona equivocada, hay algo peligroso de origen, lo que pudo sentir el buen Ícaro al notar que se había desatado la ira de un rey sobre su padre, por andar alcahueteando a la reina que era nada menos que la Hija del Sol, por eso cuando él la trata de convencerla de que acuda a la cita, presiente que los ojos de ella van a conmoverse al ver su sonrisa, y le darán el sí, o bien, mediante “lágrimas refrescantes, esas de cinco euros mensuales, sólo contestará que no tiene precio”. Lo que el poeta salva es su honor, cantando un gran amor que se licúa, que se sabe intentado en la copa de un “árbol líquido”, la experiencia es ácida, riesgosa, toda vez que se intuye que más tarde, vendrá la depresión, por eso percibe el canto de pájaros como algo que garantiza ensueños virtuales, aquellos “*donde despertar provoca bruscos tormentos*”.

La magia de este amor está en la llave del tiempo. En esta formidable “galería de relámpagos”, la magia del enamorado será reconocerse, otear sus orígenes en los ojos que lo miran, “en tus ojos, en mi principio/ me reconocí en destellos intrínsecos de mí mismo”. Válidamente se sirve de

Octavio Paz al evocar “el corazón y su redoble iracundo”. ¿Cómo podía sonar el coraje de Ícaro al saber que la ira de un rey lo había dejado encerrado en un laberinto a él y a su progenitor? Exactamente igual que el corazón del poeta.

Al apurar el cáliz de este amor a destiempo, ciñe sus ligaduras: sujeta en un endecasílabo perfecto la imagen de Paz: “Caer, volver, soñarme y que me sueñen”, poniéndola de título, válidamente derivada con éxito del: “caer, volver, soñarme y que sueñen otros ojos futuros otra vida”, en la textura original de Paz.

En la segunda parte: “Pretendido Ícaro”, el poeta busca “traspasar las lindes”, las ligaduras han cedido ya, “no hay peor caída/ que los nostálgicos huecos de las ánimas”. El color de esta etapa del viaje se resume en la “grisácea madurez”. Ícaro va a caer, se va a estrellar mas antes reflexiona con heroísmo lo vivido, con altura, todavía con altura tal que le permite manejar reunidos los conceptos de *eros* y *tánatos*, en forma de vocación erótica por lo vivido, a la vez que juicio sumario dirigido a sí mismo, como vemos en el poema “Ese profundo hueco”, donde a la cercanía de lo erótico responde: “y mientras me alejaba de ese espacio que habitabas/ como una sonda/ tu ausencia me perseguía”. Un cierto enroscamiento conceptual inocula lo vivido hacia dentro, “Emotivo acíbar”, en que reverbera un logro estilístico en cristal cortado: “emotivo acíbar rige mis días”... Variante del desencanto, no resignado a aceptar lo perdido, es comprender que se ha perdido todo, ya no la intimidad compartida, sino incluso los “secretos” que se hubieran podido guardar el uno contra el otro.

Hay entonces un momento de creer que “la retirada es victoria”, pero no lo es. Lo vivido abrasa, quema. “Llega un momento en que su hueco se adueña/ de mi espacio”. Es así porque el poeta se ha envuelto en la hermosura de ella, la que ha sido capaz de encender nuevos puntos de ternura “en olvidados rincones de mi vida”. Para decirlo con nobleza, ha caído. Un Ícaro se duele en el poema “Como un rayo”. Le queda claro que la presencia de ella fue similar al rayo y “con la velocidad propia de su naturaleza, partió”. Ahora corresponde a este Ícaro viviente, rescatar lo hermoso de su pretensión, acontecerse con ella, sentir en carne propia lo que de alguna forma antes sólo intuía a través de los otros. El molde que sirve entonces a su mente para compensar lo perdido y asumir lo ganado es el octosílabo, metro español genuino, lapidario, por donde ha transitado todo el bien y el mal en esta vida, y recita, se vuelve oidor de sí mismo en su caída, testigo ejecutor del poema: “Duro es errar por amor/ pero más duro es errar/ por no haberlo intentado;/ duro es errar por soñar/ pero más duro es/ no haberlo soñado./ Si se ha de perdonar,/ es a un enamorado.” El perdón, va a haber perdón, Ícaro sí perdona, es el mejor fruto de la victoria: el poeta toma un respiro y se da licencia de centrar a aquella que fuera objeto de su amor. Al tomar su distancia ve que ha sido diversa la caída: no es la que se perfila entre la realidad y el deseo, es una risa fina que se va retorciendo hasta quedar plasmada como mueca en los labios, al percatarse que después de todo, ¡a ella bien que le gustaba lo que hacían! Y ahora sí, que lo den por muerto.

CARLOS SANTIBÁÑEZ ANDONEGUI
Marzo de 2012